

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás: *Cárceles y exilios*. Barcelona: Anagrama, 2012, 325 pp.

El autor, de larga y conocida trayectoria investigadora en los campos de la historia económica y la demografía histórica, que ha llegado por fortuna a una avanzada edad dando rotundas muestras de vigor físico y lucidez intelectual, nos ofrece ahora sus memorias políticas centradas, como

expresa con claridad el título del libro, en los avatares que tuvo que padecer bajo la dictadura. Trascendiendo lo personal, el propósito de la obra es inequívoco. Se trata de un contundente alegato antifranquista en el que se combina armoniosamente la historia y la memoria. O, en palabras del propio autor:

[...] la sociedad capitaneada por Franco se mostró incapaz de concebir un país en paz, sin necesidad de cárceles, trabajos forzados y destierros. Ventilar las heridas evita la gangrena. Un propósito del libro es, precisamente, airear las llagas y evitar que se cierren con el pus de la insatisfacción adentro [...] Prefiero que la experiencia recogida valga para entender y calificar la dictadura que eligió excluir de la vida nacional a un sector numeroso de la población española mediante cárceles y exilios, exclusión que ha marcado la historia del país y de la que no parece todavía moralmente recuperada (pp. 20-21 y 309).

Todo ello muy bien narrado, lo cual contribuye también al interés de la obra.

El relato se ordena de forma cronológica en torno a las cárceles y exilios que tuvo que arrostrar Sánchez-Albornoz. En cuanto a estos, fueron tres. El primero, de niño republicano, entre 1936 y 1940, siguiendo a su padre D. Claudio, primero embajador de la República en Lisboa y luego profesor en la Universidad de Burdeos. El segundo, con mucho el más largo, que transcurrió en Argentina, entre 1948 y 1968, años dedicados ante todo a completar su formación universitaria y a ulteriores actividades investigadoras y profesoras. El tercero, por último, cómodo y reconfortante para el autor, entre 1968 y 1976, tuvo por escenario la Universidad de Nueva York y se cerró con la muerte del autócrata, como él mismo lo califica, y el regreso a España acompañando al anciano D. Claudio. Entre el segundo y el tercero, la lucha contra la dictadura desde las filas de la FUE, la detención en Barcelona en marzo de 1947 y el paso por las cárceles franquistas, primero como preventivo e inmediatamente como condenado en

proceso militar sumarísimo hasta su *a posteriori* sonada fuga en agosto de 1948. En este lapso de tiempo nuestro hombre pasó por el convento dominicano de Alcalá de Henares, uno de los muchísimos transformados en prisión, por la recién construida cárcel de Carabanchel y, finalmente, por uno de los destacamentos penitenciarios de Cuelgamuros que levantaron el adefesio del Valle de los Caídos, denominación que Sánchez-Albornoz, con pleno acierto, se niega a emplear (siendo, como es, un monumento a la barbarie nacional-católica, todavía hoy usufructuado por una comunidad benedictina con un prior ultramontano). Junto a los que quedan muy sucintamente reseñados, otros dos capítulos de carácter temático completan el contenido del libro. Uno, interesantísimo, donde se aborda con rigor y detenimiento el régimen penitenciario de los destacamentos penales de Cuelgamuros, aquel sistema atroz y corrupto por el que el Estado dictatorial arrendaba a contratistas privados, con nombres y apellidos, la mano de obra de los presos. Y que, conviene no olvidarlo, se utilizó también, y durante muchos años, en la construcción de numerosas obras públicas a lo largo y ancho del país. Y un segundo, donde se analiza la trayectoria entre 1961 y 1981 de la editorial Ruedo Ibérico, de referencia inexcusable en la lucha intelectual contra el franquismo, que nuestro protagonista contribuyó a fundar, y en el que se destaca el papel de su principal impulsor, José Martínez Guerricabeitia.

Terminaremos con algunas apostillas, no por breves menos intencionadas. Nos parece correcto y medido el tratamiento que el autor, un *rojo*, condición de la que «no reniega» (p. 14), hace de su padre, Claudio Sánchez-Albornoz, republicano moderado y católico, aunque nos hubiera gustado un mayor desarrollo del tema, dada la relevancia académica y política del mismo. Por nuestra parte, resaltamos su coherente antifranquismo y su recuerdo de las víctimas abulenses de la dictadura,

al poco de regresar a España tras su largo exilio argentino. Asimismo nos parecen muy lúcidas las páginas (65 y ss.) que destina a Ortega y Gasset, Marañón y Teófilo Hernando, prestigiosos en sus respectivas profesiones, pero absolutamente acomodados a la dictadura, al poco de finalizar la guerra civil: cuando nuestro autor y otros dirigentes de la FUE les visitaron a mediados de los cuarenta en busca de algún tipo de colaboración, recibieron una gélida respuesta; al menos el tercero de ellos, justo es destacarlo, les dió una importante suma de dinero. Destacamos también el relato de su paso por la siniestra Dirección General de Seguridad en abril de 1947, donde Sánchez-Albornoz tuvo la fortuna de no ser torturado. ¿Cómo no recordar los enormes padecimientos que allí sufrieron tantos y tantos miembros de la resistencia antifranquista, y cómo no lamentar que a estas alturas no haya una placa que los recuerde en la que hoy es sede de la presidencia de la Comunidad de Madrid? Y, por último, cuánta y cuán lamentable distancia media entre Gonzalo Anes militando en la FUDE en el París de los sesenta (p. 247), entre sus publicaciones de historia agraria de los setenta y primeros ochenta, y su nefasta labor al frente de la Real Academia de la Historia en el asunto del *Diccionario Biográfico Español*. Y cuánta asimismo entre Hugh Thomas, autor del pionero y novedoso libro sobre la guerra civil española, publicado en Ruedo Ibérico en 1961, y los recientes artículos de lord Thomas en *ABC* alimentando las tesis revisionistas y neofranquistas.

Con la presencia de Nicolás Sánchez-Albornoz, su libro, del que acabamos de dar sucinta noticia, así como otras interesantes contribuciones, fueron debatidos en el *V Encuentro sobre la Segunda República: política, memoria, represión* que, organizado por el Departamento de Economía e Historia Económica, y bajo los auspicios del infatigable Ricardo Robledo, se celebró en la biblioteca del Colegio

Fonseca de la Universidad de Salamanca, el 2 de junio de 2012.

Luis Castro y Javier Infante Miguel-Motta
Universidad de Salamanca